



Noa Xireau

El Cuento
de la
BESTIA

Serie Cuentos y Secretos I

Convertirse en regalo para un todopoderoso rey de otra dimensión, que creía que podía hacer con ella lo que le diera la gana, no era precisamente el cuento de princesas con el que Anabel había soñado desde niña. Claro que tampoco había esperado nunca encontrarse a un atractivo vampiro aguardándola impaciente en su cama. En el momento en que una hermosa humana –más desvestida que vestida– le vomitó encima, Azrael supo que el regalo de Neva traía gato encerrado. Necesitaba descubrir por qué la bruja le había regalado una humana encantada que le hacía querer olvidarse de todo excepto de tenerla entre sus brazos. Completamente seguro de que con sus siglos de disciplina como rey, resistirse a una mujer encantada no iba a suponerle problemas, solo necesitaba seguirle el juego a ella y a Neva para descubrir dónde estaba la trampa que le habían puesto. Fácil, ¿verdad? Demasiado fácil, quizás.

Agradecimientos

Desde el momento en que llegué a este mundo de la escritura, he tenido la suerte de estar rodeada de personas maravillosas, de autoras y blogueras que te hacen sentir arropada y te ayudan sin preguntar, de compañeras que no dudan en compartir su experiencia y conocimientos contigo y te demuestran que es posible avanzar y crecer sin la necesidad de pisotear a los demás.

A todas esas autoras y blogueras –que son muchas– les quiero dedicar este libro, pero especialmente a: Felicidad Ramos Cerezo, Alissa Brontë, Naitora McLIne, Yasnaia Altube Lira, Lucía Herrero, Arwen Grey y a mis Goddesses de Ellora's Cave.

Primera parte

Prólogo

Los puestos llenos de coloridos cuarzos, figuras de dragones, brujas, gnomos, amuletos y hechizos para todo resultaban fascinantes. Era casi como poner un pie en un mundo de cuentos. Todo el mundo sabía que lo que se vendía allí eran solo engaños, pero de igual forma eran los puestos de la feria medieval en los que más gente se amontonaba y donde todo el mundo admiraba esto y aquello con un secreto anhelo, mientras trataba de mantener su falsa fachada intelectual y su imagen de hombre o mujer moderna y racional.

Anabel arrugó la nariz al oler el «incienso de amor eterno» y lo devolvió rápidamente a su sitio. Si el amor eterno que prometían las instrucciones era tan empalagoso como olía, entonces le convenía más una aventura de una sola noche.

Anabel suspiró. ¿A quién quería engañar? Ella no era mujer de una sola noche. Si solo de lejos creyera que lo de los inciensos servía de algo ya lo habría comprado y estaría camino de su casa para ponerlo a prueba. Leyó las etiquetas de los otros inciensos «mágicos»: ¿Espanta lagartonas? ¿Mata envidias? ¿Mengua hombría?

Cogió el saquito para leer mejor la etiqueta y soltó una risita al comprobar que los supuestos efectos del incienso eran exactamente los que había imaginado. ¿Qué no daría ella por ver a su jefe corriendo espantado al baño? ¡Ja! ¿Habría forma de poner una cámara oculta en el servicio

para poder verle la cara cuando descubriera que su herramienta de trabajo favorita había encogido?

Anabel sacó el móvil del bolso y le echó una foto a la etiqueta para mandarla por WhatsApp al grupo de la oficina. Debajo escribió: «¿Se lo ponemos a don Ramón?». El móvil comenzó a sonar de inmediato con los mensajes entrantes:

Ana: ¡Cómpralo!

Carmen: Chicas, hagamos una colecta. ¡Quiero ver la cara de ese cabrón cuando se le encoja el pepinillo!

Mari: Siiii.

Pepa: ¡Cuenta conmigo para el dinero! Jajaja.

Mari: ¿Cuánto vale? ¡Yo participo!

Pepa: Si funciona le arranco el pepinillo de un mordisco y lo echo en conserva para poder ponerlo en la vitrina de la entrada, jejeje.

Nuria: Compra dos, ¡que yo quiero uno para mi marido!

Anabel cabeceó divertida. No había ni una mujer en la oficina que no estuviera hasta el moño del viejo verde y que deseara que lo jubilaran de una vez. Y en cuanto al marido de Nuria... ¿cómo se le llamaba a la versión masculina de una ninfómana?

A su lado, una señora mayor la miró con recelo. Anabel envió un: «Ok, si no es muy caro lo compro», y guardó el móvil a pesar de la nueva oleada de pitidos.

—¿Cuánto cuesta el incienso? —le preguntó Anabel a la mujer detrás del mostrador.

—Depende, ¿cuál quieres?

—Este. —Anabel cogió el saquito de «mengua hombría».

La mujer alzó una ceja antes de responder:

–Tres euros.

–Me lo llevo. –Anabel sonrió, valía la pena pagar tres euros a cambio de echar unas risas en la oficina.

–En ese caso te recomendaría que te llevaras también este. –La vendedora le guiñó un ojo al enseñarle un saquito con la etiqueta: «Tropieza con el hombre de tus sueños»–. Si vas a quedarte con un hombre menos, te interesa que el siguiente sea el que realmente quieres.

–Esto es únicamente para reírnos de mi jefe, que es un idiota. –Anabel le alargó un billete de cinco con una mueca–. Y el otro incienso mejor ni lo pruebo. Con la suerte que tengo, no solo me tropiezo con el hombre de mis sueños sino que lo tiro y se abre el cráneo antes de poder presentarme. Aunque pensándolo bien, es más probable que su novia me saque los ojos si me ve babeando por él. Los hombres que valen la pena ya están todos cogidos.

Risueña, la vendedora le devolvió el cambio, aunque en sus ojos apareció un brillo interesado que Anabel no supo cómo interpretar.

–¿Me dejas que vea tu mano?

Anabel encogió los hombros y alargó la palma para mostrársela. No creía mucho en esas pamplinas, mucho menos si la que te leía la mano era una vendedora de un puesto de la feria medieval, pero tampoco era como si enseñarle la mano le costara dinero.

La expresión risueña en la cara de la mujer desapareció al estudiarle con atención la mano. Bueno, no es que exactamente desapareciera, sino que su sonrisa se congeló en una falsa mueca que hizo que a Anabel se le erizaran los pelos de la nuca. La mujer no podía ser una verdadera vidente, ¿verdad?

–¿Ocurre algo?

La vendedora alzó la cabeza. Anabel intentó retirar la mano ante su fría expresión, pero la mujer la mantuvo atrapada. «¿Qué demonios ocurre? Me mira casi como si

me odiara». Un cliente preguntó por el precio de un dragón, pero la mujer lo ignoró.

–Ven, tengo el amuleto perfecto para ti.

Anabel dudó antes de seguirla. No le gustaba ese repentino tinte de desdén en la voz de la vendedora, pero finalmente se impuso su educación y su curiosidad por averiguar el motivo del repentino cambio en el comportamiento de la mujer.

La mujer la llevó hasta el otro lado del puesto y sacó un pequeño cofre de debajo de la mesa. Rebuscando en el cofre de madera labrada, la vendedora sacó una pieza de terciopelo negro envuelto; la puso sobre la mesa desenvolviéndola con cuidado delante de Anabel y descubriendo un amuleto de plata con una extraordinaria piedra de color rojo sangre cubierta por símbolos.

–¡Vaya! Es genial. Nunca he visto un colgante así. – Anabel se olvidó de la extraña actitud de la vendedora–. ¿Cuánto cuesta?

–Ciento cuarenta euros.

«¡Ufff!». Anabel se mordió los labios. Le encantaba, sí, pero ese precio se salía bastante de su presupuesto, más teniendo en cuenta que ya era prácticamente final de mes y que aún faltaba una semana antes de cobrar.

–Es un amuleto único que garantiza que cualquier hombre que elijas caiga bajo tu hechizo y permanezca a tu lado por siempre –explicó la mujer–. Mira, ¿ves estos símbolos? –Señaló las inscripciones en la piedra y los pequeños dibujos en el semicírculo de plata que la rodeaba–. Son inscripciones mágicas en una antigua lengua que muy pocos conocen ya.

–Mmm...

No iba a ponerse a discutir con la mujer. Ella no era tonta. Lo único que ese amuleto tenía de mágico era lo bonito y diferente que era. De todos modos, a ella no le importaba. Le gustaba, y si no tuviera que pagar la factura

de la luz la semana que viene lo habría comprado sin pensárselo mucho.

–Y si elije al hombre equivocado, ¿qué hará con él entonces?

Anabel se giró sorprendida hacia la voz infantil que había hecho la pregunta.

–¿Qué haces aquí? ¡Lárgate!

Anabel reculó sobresaltada ante el desagradable chillido de la vendedora.

–¿Mirando los libros de cuentos? –preguntó la niña que parecía haber sacado a la vendedora de sus casillas con su sola presencia.

–¡He dicho que te largues!

–Tengo derecho a estar aquí.

Probablemente la mujer temía que la niña fuera a robarle, puede que ya lo hubiera hecho en alguna ocasión anterior, o puede que únicamente fuera un prejuicio por parte de la vendedora. Anabel examinó a la niña más de cerca. Debajo de los rastros de suciedad, los pelos enredados y la ropa ajada, la niña de unos doce años poseía unos enormes ojos azul hielo enmarcados por un pelo dorado que, de haber estado limpio y cuidado, habría sido objeto de envidia y culto de muchos peluqueros.

Anabel sintió lástima. Puede que fuera una ladrona, pero era obvio que la niña venía de un ambiente humilde. Cuando la vida es dura, cada cual intenta buscarse la vida como puede.

–No voy a tolerar que estés aquí fastidiándome, maldita...

–¿Qué libro es el que te gusta? –preguntó Anabel a la niña, interrumpiendo a la vendedora antes de que esta soltara alguna barbaridad.

La mujer apretó los labios en una estrecha línea cuando Anabel se acercó a la niña y escogió uno de los cuentos clásicos para hojearlo.

–Esto no quedará así, maldita bruja –espetó la vendedora antes de guardar airada el colgante rojo y dirigirse hacia otro cliente.

–Mi cuento preferido siempre ha sido *La Bella y la Bestia*, ¿y el tuyo? –dijo Anabel ignorando el extraño despecho de la vendedora.

La niña ladeó ligeramente la cabeza. Los enormes ojos azules escrutaron a Anabel con una madurez impropia de su edad.

–¿No te asustaría encontrarte con la Bestia?

Anabel reflexionó antes de contestar, consciente que una respuesta intrascendente sería tomada como un insulto por aquella mirada llena de inteligencia.

–Supongo que al principio me daría bastante miedo. ¿A quién no se lo infundiría, con ese enorme cuerpo, los colmillos y su mal genio? Pero una vez que me acostumbrase a su presencia, creo que sería capaz de ver por debajo de su aspecto. Normalmente, detrás del malhumor y la mordacidad suele esconderse dolor y miedo. ¿No crees que él también se merezca una oportunidad para ser feliz?

La sonrisa secreta que apareció en el angelical rostro infantil convirtió el azul hielo de sus pupilas en una tonalidad casi celestial.

–Sí, creo que la Bestia necesita a su Bella.

Divertida, Anabel preguntó:

–¿Te gustaría ser Bella?

–¡Nooo! –La diversión chispeó alrededor de la niña cuando comenzó a reír–. Yo soy la Reina de las Nieves: la Bruja del Norte.

–¿La Bruja del Norte y la Reina de las Nieves? ¡Vaya! –Anabel la estudió, sorprendida por la elección tan extraña para una niña de su edad–. La Bruja del Norte es de *El mago de Oz*, ¿verdad? ¿Y la Reina de las Nieves no era aquella que se llevó al pequeño Kyle a su castillo helado? ¿Por qué quieres ser una bruja y una reina malvada?

La niña le echó una ojeada llena de reproche.

–Son la misma persona, y en cuanto a la bondad o maldad... todo es relativo. Los cuentos, como la historia, siempre reflejan el punto de vista de quién los escribe.

–Cierto. Nunca me lo había planteado.

–Toma, te lo regalo. –La niña se alzó un poco la camiseta y se sacó un antifaz de la cinturilla de los vaqueros.

–Eh... Vaya... –Anabel elevó las cejas, no solo confundida por el repentino cambio de tema, sino porque a todas luces el antifaz de satén negro, decorado con plumas y abalorios, debía de ser caro, bastante caro.

–¿No te gusta?

–Sí, sí, claro. Es precioso. –«Y seguramente robado de alguno de los puestos».

–Pues cógelo. Es un antifaz mágico que te ayudará a llegar hasta el hombre de tu vida y a conquistarlo.

Anabel no pudo evitar sonreír ante la inocencia de la pequeña ratera. A pesar de su fachada era toda una dulce.

–Toma, pónelo. –La niña empujó el antifaz contra el estómago de Anabel.

–¿Qué? –Anabel parpadeó contemplando el antifaz robado.

«¡Mierda! ¿Y ahora qué hago? No tengo ganas de que me vea el dueño del puesto del que ha robado el antifaz».

–¡Que te lo pongas! –repitió la niña poniendo los ojos en blanco–. Te lo regalo. ¿No querías encontrar al hombre de tu vida?

«Era más bien al hombre de mis sueños», la corrigió Anabel mentalmente soltando un suspiro.

–Eh... Vale –dudó–. Podemos hacer un trueque. Si tú me haces este regalo, lo justo es que yo te regale un cuento –propuso Anabel cogiendo el sedoso antifaz.

–¿El de la Bestia?

–Si es ese el que quieres. –Sonrió Anabel colocándose el antifaz.

–¡Trato hecho! –exclamó la niña al mismo tiempo que la voz enfadada de la vendedora resonó en un agudo chillido tras ellas.

–¡Maldita seas, bruja! ¡Esta era mía!

Anabel no pudo girarse para ver qué ocurría. El mundo desapareció ante sus ojos entre un remolino de extraños colores, sombras desfiguradas y un espeso aire que amenazaba con asfixiarla.

Capítulo I

Ajustándose el nudo del pañuelo, Azrael observó tenso cómo la última comitiva atravesaba la gran verja de entrada a los jardines y se acercaba a la escalinata del palacio. Otro problema más que llegaba para participar en el Festival de la Luna Azul. Uno entre tantos.

Azrael suspiró al bajarse las mangas del frac. Odiaba las fiestas, especialmente esta. Su pueblo y los invitados solo pensaban en la diversión, la libertad y la lujuria. Nadie parecía percatarse del peligro y los constantes problemas, excepto él. Los temperamentos caprichosos y volátiles de los seres más poderosos y temibles de esta dimensión estaban aquí, juntos, en su hogar. ¿Y a alguien le importaba? No, claro que no. Para ellos solo contaba si el vino era de buena cosecha, si abundaba la comida y si podían llevarse jugosos chismorreos como suvenir.

Después de una tarde entera restaurando la paz entre las gárgolas y las quimeras, Azrael había esperado poder esconderse un rato en la biblioteca para poner los pies en alto y relajarse. Aunque eso, por supuesto, era pedir demasiado. A estas alturas debería haber aprendido ya que un rey no descansa nunca. ¿Pero Neva? ¿Tenía que ser precisamente Neva la que llegara ahora?

De todos los seres poderosos que conocía, Neva era la que más alegría y al mismo tiempo mayor inquietud le causaba. Capaz de hacerlo reír, pensar o simplemente maravillarse ante cualquiera de sus múltiples habilidades, el peligro de Neva no estaba simplemente en la inestable

combinación de ser la Reina de las Nieves y la más poderosa de las brujas, sino, sobre todo, a su carácter de niña eterna. De entre las más antiguas criaturas de la dimensión, Neva no había crecido ni lo haría jamás, lo que la convertía tanto en una delicia como en un polvorín siempre a punto de estallar. Si algo tenía claro Azrael, era que prefería no estar cerca cuando esa explosión se produjera.

—Relájate, hermano. Ya sabes lo que le gusta jugar con los que la temen. —Su hermano Cael le puso una mano tranquilizadora sobre el hombro.

—No es miedo, es... intranquilidad.

Azrael entrecerró los párpados para estudiar el vagón blindado situado justo detrás del carruaje real de Neva. Había algo extraño en él. No encajaba con el resto del cortejo. ¿Por qué traía Neva un carruaje blindado?, ¿y para qué necesitaba tantos guardias para protegerlo?

—Sé a qué te refieres. —Cael le dio un ligero apretón en el hombro antes de retirar la mano—. Como si las mujeres no fuesen ya de por sí complicadas, esta encima no es ni mujer ni niña, a pesar de ser las dos cosas.

Zadquiel a su derecha bufó.

—No sé de qué os quejáis. Vosotros le caéis bien. Es a mí al que no traga. ¡Estoy hasta las narices de aguantar los caprichos de esa cría!

Azrael no contestó. Neva era caprichosa, sí, pero aun a pesar de su imprevisible genio siempre había un motivo tras sus acciones. El problema era averiguar cuál era ese motivo.

—Sigo preguntándome qué fue lo que hiciste para que en su última visita te dejara atrapado en la bañera bajo una capa de hielo —comentó Cael cosechándose una ojeada enfurruñada de Zadquiel.

Azrael cabeceó con un suspiro, preparándose para otra de las típicas trifulcas de sus hermanos.

—¡Nada! ¡Absolutamente nada! ¡Ya os lo dije! Solo estaba tratando de convencer a una de las sirvientas para que

disfrutara de un chapuzón conmigo.

–¡Mmm! Supongo que eso explica ese extraño iceberg en mitad de la bañera, e incluso por qué tenías solo un brazo fuera cuando te dejó la mano congelada donde fuera que la tuvieses –se mofó Cael–. Pero sigue sin explicar por qué decidió que te sentaría mejor el agua helada. Nunca nunca ha sido una mojigata. Siempre me ha parecido que le divertían los escarceos de los demás.

–¿Y esperas que yo lo sepa? –gruñó Zadquiel.

Todos callaron cuando el carruaje real se detuvo al pie de la escalinata. La reina-niña bajó y salió disparada hacia Azrael, quién la atrapó divertido a pesar de su anterior inquietud.

–¿Dónde están mis regalos? –Las carcajadas infantiles resonaron como diminutas campanillas al viento cuando Azrael la giró en el aire con los brazos alzados.

–Muy buenas tardes a vos también, Su Majestad –bromeó Azrael bajándola de nuevo al suelo.

–¡Déjate de pamplinas! Te conozco. ¡Quiero mi regalo! Azrael cruzó los brazos enarcando las cejas.

–¿Qué te hace pensar que tengo uno para ti?

–Siempre tienes un regalo para mí. ¡Dámelo! –La niña estiró la pequeña mano con una sonrisa satisfecha–. Además, yo también traigo una sorpresa para ti, ¿quieres verla?

–¿Me va a gustar?

Azrael mantuvo su fachada relajada, aunque no pudo evitar que sus músculos se tensaran y sus colmillos hicieran el amago de desplegarse. Quién pensara que las sorpresas siempre eran agradables se equivocaba, sobre todo en aquella dimensión.

–¡Te encantará! –prometió ella tocando excitada las palmas.

–Entonces primero quiero el mío –exigió Azrael con una sonrisa torcida, que despertó la visible indignación en ella.